

MISIONES

HERMANAS DE LA CARIDAD DE SANTA ANA

BOLETIN N.º 23
Junio de 1994

*La paz es posible
en Ruanda*



E L A M O R D A L A V I D A

El amor da la vida. Todo el que ama ha nacido de Dios y Dios mora en él (cf. 1Jn 4,7). Así pues, quien ama conoce a Dios, porque lo lleva en su interior. Conoce a Aquel que es amor. Conoce al Hijo y, gracias al Hijo, conoce al Padre y permanece en su amor.

Este es el eterno *principio del Evangelio y de la evangelización*. Durante el Sínodo, mediante la oración, estábamos todos los días en contacto con ese *eterno principio*. Hoy deseamos dar gracias a Dios en particular por *esto*. *Deseamos dar gracias, porque este "eterno principio" se ha convertido a su tiempo en el inicio histórico de la evangelización de Africa*, de vuestros países y de vuestros pueblos.

Esto sucedió ya, por primera vez, en los tiempos apostólicos, cuando el diácono Felipe bautizó a un funcionario de la reina de Etiopía. El cristianismo se difundió muy pronto por las costas del mar Mediterráneo en todo el norte de Africa, que entonces formaba parte del imperio romano. Al resto de ese vasto continente, el Evangelio llegó más tarde, en el siglo XV a algunas regiones y, definitivamente, durante el siglo pasado.

Por tanto, si nos referimos a la cronología histórica, *las Iglesias africanas* son jóvenes. Y juventud significa también *lozanía y vitalidad*; significa *gran reserva de fuerzas* y prontitud para afrontar pruebas y luchas. Juventud significa crecimiento y maduración. Y si junto con ese proceso se producen crisis, se trata, de ordinario, de crisis de crecimiento, de las que normalmente el hombre sale más maduro.

Pero la principal novedad de la empresa evangelizadora en el continente africano ha sido, sin duda, el papel importantísimo que han desempeñado las congregaciones femeninas...

*Juan Pablo II. Homilía en la clausura del Sínodo Africano.
8 de mayo de 1994*

RUANDA

EN EL

CORAZON

Africa. 52 naciones, 650 millones de habitantes que suponen el 15 % de la población total del mundo. Y en Africa, Ruanda. Una nación muy pequeña y que no escapa a los atentados, a las guerras entre etnias y clanes y a los enfrentamientos de tipo político. Y una nación de las más pobres del mundo.

Son ya dos largos meses de guerra. Es estremeceador el número de muertos, pero es mucho más hondo el dolor cuando los muertos tienen nombre y apellido, cuando tienen un rostro conocido y querido. Y eso os está ocurriendo a vosotras, Hermanas que habéis venido de Ruanda. Nos unimos a vuestro dolor y a vuestra esperanza de que la guerra acabe pronto. Rezamos con vosotras por la paz y queremos ayudaros a preparar una difícil vuelta, pero necesaria.



Las Hermanas de las comunidades de Kivumu y de Mugina

MUGINA

En el año 1980, el sacerdote Juan Cruz Juaristi solicita nuestra presencia en Ruanda. Lleva allí unos años, y como obras de la parroquia funciona un «foyer», centro de promoción de jóvenes, y un centro nutricional con unas pocas camas de hospitalización para niños, pero, fundamentalmente, centro de formación de las madres para que puedan cuidar y alimentar a sus hijos y darles nociones de medicina preventiva. La atención no es sólo en este centro, sino que se atiende alguna otra colina. Hay también un servicio de farmacia. Este complejo educativo asistencial ha estado atendido unos años por voluntarios de Medicus Mundi de Bilbao, pero ahora regresaban a España.

La Congregación acepta la propuesta y, en el mes de julio de 1981, llega a Mugina la primera comunidad, formada por las Hermanas Angeles Andollu, Concepción González y Gabriela Niño. La Hermana Angeles se encargará del centro nutricional; la Hermana Gabriela, del «foyer», y la Hermana Concepción trabajará como enfermera en una pequeña maternidad estatal muy cercana a la casa de las Hermanas. Han pasado, desde entonces, trece años. La Comunidad sigue en su tarea con más empeño y eficacia porque conocen mejor las necesidades de la gente y el modo de ayudarles. Dos veces por semana van a las colinas Cyeru, Ngoma y Rusoro para atender la formación de padres, como se hace en el centro nutricional de Mugina.

En la parroquia sigue Juan Cruz Juaristi y, en lugar de Javier, que le acompañaba en 1980, está Isidro Uzcudum, sacerdote guipuzcoano, como Juan Cruz.

La población de Mugina es de unos 30.000 habitantes, pero no existe núcleo urbano, las casitas están diseminadas por la colina.

Esta zona es más tranquila que la zona norte. No obstante, durante este año han matado a diecisiete personas sin que haya una clara explicación de los hechos.

Tras el atentado que costó la vida al presidente Juvenal Habyarimana y a otros dos altos cargos del Gobierno, la lucha comienza por el norte, pero las jóvenes ya no acuden al «foyer», hay ambiente tenso e incierto. Comienzan a llegar refugiados que huyen de Kigali. Las Hermanas preparan comida para los que llegan, que descansan un rato y comen, para seguir caminando hacia Gitarama o hacia Butare. Con dolor profundo y resignado, los que pasan cuentan su tragedia.

Forman la comunidad cuatro Hermanas y cuatro novicias ruandesas. La situación se va haciendo cada vez más difícil y van llegando llamadas para que salgan los extranjeros. Al fin deciden que las Hermanas Mercedes Sánchez y Lucía Albóniga salgan para España, y las Hermanas Gabriela, que es la maestra de novicias, y la Hermana Concepción González se quedan con las novicias. Estas no pueden salir del país y, si han de quedarse, las dos Hermanas deciden correr su misma suerte.

Juan Cruz lleva a las Hermanas Mercedes y Lucía hasta la frontera con Burundi. Llevan coche, pero ninguna de las dos sabe conducir. Providencialmente, un grupo de universitarios zaireños que,



Hermanas Concepción González y Gabriela Niño

con un profesor, llegaban a la frontera en ese momento, les piden que les lleven en la Toyota. Mutuamente se ayudan. Unos conducen y otras dejan el coche. Más tarde, el chófer será un burundés que hacía auto-stop, y él les llevaría hasta la casa de la cónsul honoraria de España, Pilar Pintado de Pozy. Pronto se encontrarían con D. José M.^a Sanz Pastor, embajador de España en Tanzania, que había llegado a Burundi para facilitar la salida de Ruanda y la vuelta a España de los españoles.

Pasan pocos días y la situación es cada vez más difícil y tensa. Toman la decisión de salir todas,

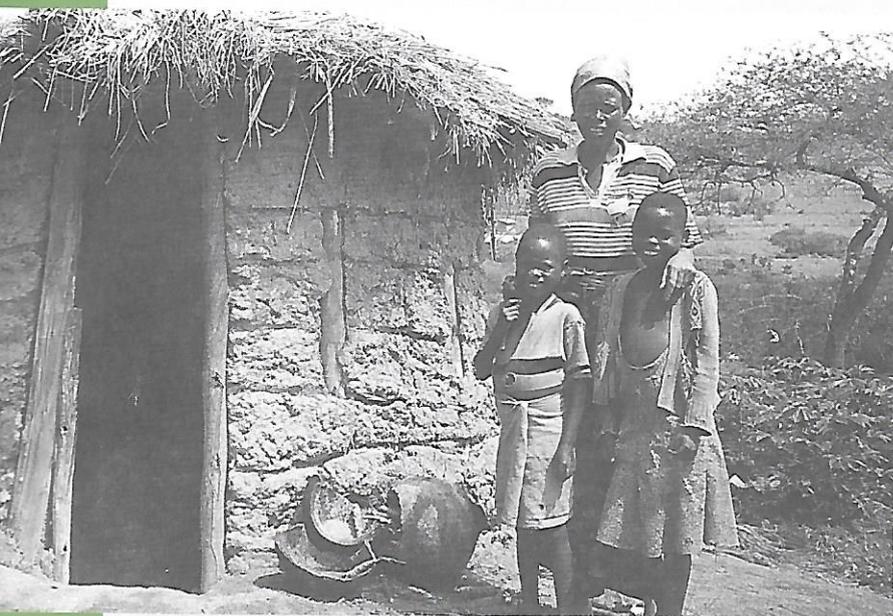
pero habrán de conseguir del prefecto, del gobernador de la zona, el permiso de salida para las cuatro ruandesas. En Kigali no puede gestionarse nada. Las Hermanas hablan con el prefecto de la zona, que les da esperanza, pero no consiguen nada. Volvían a casa desanimadas y paran en una gasolinera para coger gasolina. Allí está el prefecto que, al verlas, cambia de opinión y allí mismo les firma una especie de salvoconducto para que las novicias salieran de Ruanda. Las Hermanas Gabriela y Concepción no salen de su asombro y dan gracias a Dios en su corazón porque se ha hecho palpable su ayuda.

El día 18 de abril sale el grupo de Mugina hacia Burundi. Siguen llegando refugiados. Es muy triste decir adiós, pero no ven otro camino. Los dos sacerdotes quedan

al tanto de todo. Llegan a Burundi, donde las recibe D. José M.^a Sanz Pastor, y, con la gran amargura de dejar Ruanda y la alegría de verse a salvo, preparan su billete para llegar a Madrid. Cuando el día 20 hablaba la Madre General con la Hermana Gabriela para confirmar el viaje, llega la noticia de la muerte de su madre. El embajador de España en Bélgica le dará la noticia en Bruselas. Todas sufren. Cuando llegan a Madrid, la espera su familia para ir directamente a su casa. Son momentos de dolor profundo que se convierte, por la fe, en esperanza. Al día siguiente llegaría por la mañana, desde Costa de Marfil, la Hermana Celestina, hermana de la Hermana Gabriela.

Después de dos días en Madrid, en la Casa Provincial, las novicias vienen a la Casa General. De momento formarán una segunda comunidad de novicias con su misma Maestra. Existe la dificultad de la lengua y la necesidad de un período de acomodación, con un futuro muy incierto en su país. No se puede predecir, de momento, la vuelta a su tierra.

A poco de salir, matan al alcalde de Mugina, y esta muerte provoca un gran desconcierto en el pueblo. La ayuda al que reside y al que pasa se va haciendo imposible y los dos sacerdotes determinan salir hacia Burundi. A los pocos días, los militares hacen salir a todos los que se habían refugiado en la parroquia. Luego hacen entrar en la parroquia y en las clases del «foyer» a las mujeres y a los niños. Matan primero a los hombres y luego lanzan granadas de mano para matar a mujeres y niños. El esfuerzo de mucho tiempo ha quedado lleno de sangre. Si Ruanda era una de las naciones más pobres del mundo, ¿cómo quedará ahora? Todo lleva a programar con más fuerza una ayuda futura.



Antes...



...y después de la ayuda

RUANDA - RECORDANDO

Todos vosotros, lectores de *MISSIONES*, habéis oído hablar de Ruanda. Es un país pequeño, situado en la región de los Grandes Lagos del oriente africano, con 26.388 km² y 7.500.000 habitantes, con una densidad de población de las más altas de África y una renta per cápita de 300 dólares. Al norte lo limita Uganda, de donde descienden ahora los guerrilleros tutsis; al este, Tanzania, adonde han huído más de 200.000 ruandeses; al sur, el hermano Burundi, de una extensión similar a Ruanda, con habitantes de las mismas etnias y problemas parecidos, y al oeste, el lago Kivu, que comparte con Zaire, prolongándose hasta los gigantescos volcanes al norte.

De las dos comunidades que tenemos en Ruanda, en la de Kivumu estamos cinco Hermanas españolas y dos postulantes ruandesas. Kivumu está situado al noroeste del país, a 2.035 m de altura, lo que nos permite disfrutar de los espectaculares atardeceres del lago Kivu, de sus aguas llevadas por los vientos, las brisas y las tormentas bajo la grandiosidad de los volcanes que nos obligan a mirar más alto.

Nuestra tarea es sanitaria: un centro de salud y un centro nutricional. Los edificios antiguos han sido sustituidos por otros construidos recientemente. El complejo hospitalario estaba a pleno rendimiento. Desde hacía dos años, el edificio nuevo había ido poniéndose en funcionamiento. Primero fue la maternidad; después, el dispensario, que casi se estaba quedando pequeño por la afluencia de pacientes. Hacía un mes que una fuerte epidemia de disentería bacilar nos obligó a abrir la cuarta sala de hospitalización, con el consiguiente recargo de trabajo para algunas Hermanas.

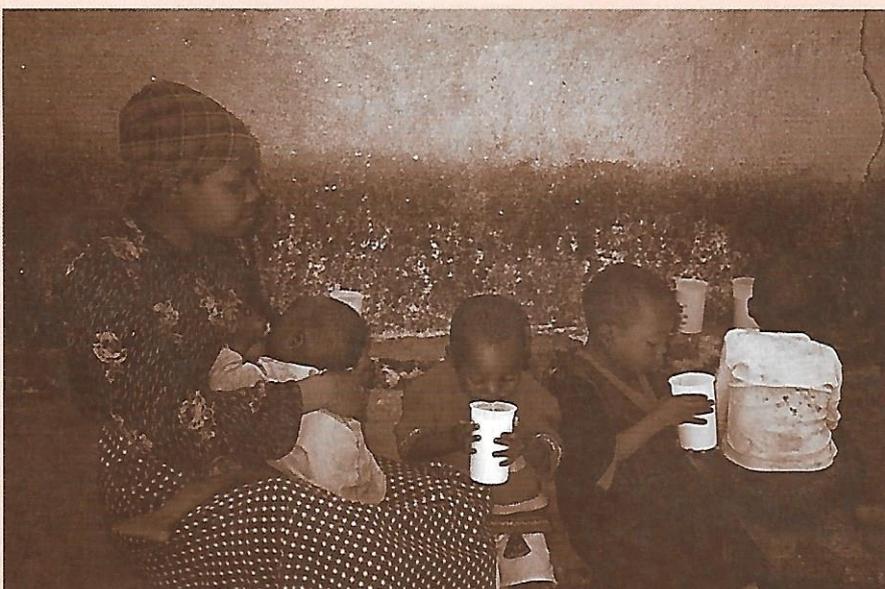
Los enfermos venían de lejos, incluso de lugares próximos a otros dispensarios. Más de una vez, cuando por enfermedades graves debíamos trasladarlos al hospital provincial, se negaban a ello porque tenían plena confianza en las Hermanas. Recuerdo una anécdota: algunas llevábamos poco tiempo en Ruanda y, encontrándonos por un

asunto en el ayuntamiento, teníamos dificultad con su lengua, el kinyaruanda, y uno de ellos dijo: «las Hermanas, lo que saben muy bien es curar». Sabían que se les atendía en cuanto llegasen, valoraban la acogida que se les daba y, sobre todo, que los más pobres eran atendidos gratuitamente.

Hacía dos semanas que el nuevo edificio del centro nutricional había

amor y el seguimiento a Jesús de Nazaret.

Cuando el día 7 de abril trajeron la noticia del atentado que la noche anterior había costado la vida a los presidentes de Ruanda y de Burundi, al jefe de Estado Mayor y a dos altos cargos de Ruanda, intuimos que tres meses de «no acuerdos» entre las dos etnias mayoritarias no tendrían un final feliz, pero



En el centro nutricional

abierto sus puertas, aunque aún faltaban bastantes detalles. Por primera vez, las mujeres que llegan con sus niños para la vacunación, la formación nutricional y la medicina preventiva tenían una gran sala cubierta, la cocina, con fogones apropiados para preparar en mejores condiciones la comida de los niños con las enfermedades producidas por el hambre (marásimos y kuash) y un comedor donde poder comer sentados y con cuchara... Un sueño que comenzaba a ser realidad y que la guerra ha truncado bruscamente.

Desde el 12 de octubre, festividad de la Virgen del Pilar, estaban con nosotras dos postulantes, Donathille y Flavianne, de etnias distintas y de regiones diferentes. Donathille es tutsi y viene de Gitarama (región central), y Flavianne es hutu y viene de Gisenyi (noroeste). Esto no ha impedido que surgiese entre ellas una amistad que nosotras veíamos crecer. Les unía el

las dimensiones de la tragedia han desbordado nuestras suposiciones. Se rumoreaba: «es la guerra civil», y al día siguiente el rumor se hizo realidad. Nuestra zona de mayoría hutu y del partido del presidente se sintió huérfana. El odio de los más radicales se convirtió en la persecución a muerte de todos los tutsis.

Los dos sacerdotes de la parroquia fueron uno de los primeros objetivos. El día 8, uno de ellos, Venuste, nos llamó para que fuéramos a buscarle y refugiarse en nuestra casa. Fuimos con el coche en su búsqueda, sabiendo que era difícil que pudiera escapar con vida. Damos la vuelta a la pequeña colina que nos separa de la parroquia y el ruido del coche atrajo al piquete que nos detuvo, de una forma un tanto violenta. Sacaron al sacerdote del coche y lo mataron allí mismo cortándole la cabeza. No nos permitieron dar sepultura al cadáver. Sufrimos por esta muerte, por la del párroco, Tadeo, que sería

igualmente violenta, el día 13. Sufrimos con las noticias de la muerte de personas conocidas y sufrimos porque Donathille estaba en la lista de los sentenciados y en cualquier momento podía consumarse la sentencia. Cada voz, cada ruido, nos estremecía.

viendo. El no quería abandonar a su pueblo. Más tarde saldría hacia Nairobi, herido de machete.

Tuvimos que salir de Ruanda de la forma menos grata. No podíamos decir nada a nadie, sería comprometerlos. No podíamos levantar la más ligera sospecha, en ello iba la

capital de la provincia, fueron pasos francos. En el primero estaba de guardia un hermano del militar que nos acompañaba; en el segundo, el más difícil, no apareció nadie. Era éste el paso más duro, trataban con rigor, si bien puedo decir que conmigo siempre fue un rigor respetuoso. ¡Señor, has estado grande con nosotras! Comenzaba a clarear, se nos había regalado el día.

Dejamos a la postulante en la casa de las religiosas que nos había indicado el señor obispo y que, en ese momento, tenía protección militar. El militar que nos acompañaba no mostró mucha sorpresa cuando vio salir de entre los equipajes a Donathille. Dejó que se quedara allí. La otra postulante, Flavianne, se quedó en Kivumu para volver con su familia.

Llegar a Zaire fue fácil. Los pies estaban en Goma, nuestro corazón y nuestra cabeza seguían y siguen en Ruanda. Nos recibe el señor Oyarzun, de la Embajada española en Bruselas. El se encargó de que llegáramos a Kinshasa. Y de allí saldríamos para Madrid, haciendo escala en Bruselas.

A mi interior llega con fuerza creciente el pasaje del Evangelio de Mateo 2,16. De la misma manera que la ambición de Herodes hizo decapitar a los niños inocentes, en



Hermana Sagrario Larralde en la nueva maternidad

Las gentes buenas de nuestra colina sufrieron con nosotras, se nos acercaban para decirnos su palabra de ánimo: «¡komera! ¡komera!». Los días 9 y 10 vieron que el centro corría peligro y se organizaron para defendernos y defenderlo. Al toque de tambor de los que hacían la guardia, acudió la mayoría del pueblo. Era el único centro de la zona que todavía funcionaba. De lo único que no nos protegerían era si los radicales venían a matar a la postulante tutsi. Ellos sí la respetaron.

Deseábamos oír que la guerra se detenía, que pactaban los dos bandos, pero la tensión, el miedo, la inseguridad desencadenaron los temores, los odios, el pillaje... Las medicinas se iban acabando porque Kigali, la capital, lugar de abastecimiento, era un infierno. Venían pocos enfermos y comenzaron a llegar heridos de machete. Nos resistíamos a salir, se quedaban indefensos ante las enfermedades y el hambre, sobre todo los niños y los más débiles, pero nuestros recursos se iban limitando más y más.

Visitamos al obispo, M. Kalibushi, mitad prisionero, mitad protegido en Gisenyi. Un militar le salvó la vida cuando le iban a disparar. Conversamos con él y disipó nuestras dudas: «marchaos», nos dijo con energía. Conocía a su pueblo y el momento que estaban vi-

vida de Donathille. El día 15 de abril, a las 4.30 de la mañana, queriendo encontrar el día y con temor de encontrar la muerte, dejamos Kivumu. A los guardianes se les saltaban las lágrimas. El soldado que desde el día 11 nos protegía en



Hermana Monserrat Marcos en el hospital

nuestros desplazamientos no registró el coche antes de subir.

—¿Cuántas van?

—Cinco españolas —fue la respuesta.

La postulante iba escondida entre los equipajes. Los más radicales no tuvieron tiempo de reaccionar al oír el ruido del motor del coche, y los controles militares establecidos en el camino a Gisenyi,

Ruanda hay violentos que han muerto víctimas de su violencia y muchos inocentes que han muerto víctimas de la violencia de los otros. Estas voces que gritan en silencio son las que nos llaman a volver a Kivumu como constructoras de paz, como portadoras de la Buena Nueva, como ayuda a los pobres.

Hna. Carmen Olza

CUATRO NOVICIAS RUANDEAS EN ZARAGOZA

Después de un año de postulante, Marie Epiphanie, Alphonsina, Berthilde y Marie Josée comienzan el noviciado el día 8 de septiembre de 1993, en la comunidad de Mugina. La noticia fue una alegría muy grande para toda la Congregación. Nada hacía presagiar que el pasado 18 de abril tendrían que dejar su tierra, porque allí todo se podía perder y nada se podía ganar. Una lucha cruel va invadiendo el país. Es el sin sentido y la crueldad de toda guerra, pero que tiene connotaciones más crueles en una guerra civil.

El día 1 de mayo, el periódico de Zaragoza *Heraldo de Aragón* publica un reportaje de Juan Antonio Gracia, que titula «Cuatro novicias nativas llegan a Zaragoza huyendo de la muerte y el pillaje que asolan su nación». Copiamos a continuación parte de dicho reportaje. Así ve y esto escucha Juan Antonio Gracia de las cuatro novicias:

«Su juventud, el ansia de vivir y la firme voluntad de poder colaborar un día en la reconciliación de su país hacen que su abierta sonrisa oculte el drama que

les corroe el alma. Tal vez su vocación religiosa, que les impulsa al perdón y a la paz, les da una apariencia de admirable serenidad, de una calma increíble. Pero su mirada triste, triste y asustadiza, delata la verdad de unas mujeres que han rozado la muerte, han visto su país destrozado por las luchas fratricidas y desconocen

el giro inmediato que tomarán sus vidas.

A pesar de todo están hoy en Zaragoza, como estaban anteayer rodeadas de un inmenso charco de sangre, “en manos de la Providencia”. “Y esto –repite a cada momento– nos da tranquilidad. Además, aquí en la sede central de nuestra Congregación, nos sentimos inmensamente felices”.

Las cuatro Hermanas no acaban de entender lo que ha sucedido: “No esperábamos esta situación. Sabíamos que había disturbios y conflictos, pero en el norte de la nación, no

por nuestra zona. Nuestro pueblo es pobre, pero bueno, y vivía contento. Son los grandes, los que buscan el poder, quienes tienen la responsabilidad de la masacre. En Ruanda no se fabrican armas. Son otros los que po-



Alphonsine, Marie Josée, Berthilde y Epiphanie, en Zaragoza

nen las bombas en manos de los ruandeses. Nosotros sólo somos agricultores y no conocemos más que la azada y el machete”.

Marie Epiphanie es rotunda y explícita: “Ustedes, cuando ven las imágenes de la televisión, pensarán: ¡qué salvajes! sin embargo, el pueblo es pacífico, acogedor y bueno. ¿Quién es más salvaje, los que matan o los que incitan a matar? Son los grandes los que nos eliminan. Deberían ayudarnos a una reconciliación en lugar de propiciar una guerra fratricida”.

Estas jóvenes ruandesas están seguras de que sus familias han podido caer abatidas y estar muertas ahora mismo. “No pudimos despedirnos de nadie. No les hemos dicho adiós y no sabemos si están vivos o muertos”.

Al día siguiente de su llegada a Zaragoza fueron a la Basílica del Pilar, cuna de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Acostumbradas a la pobreza de sus iglesias en Ruanda, recibieron una primera impresión de asombro. Luego quedaron prendadas de la devoción popular a la Virgen del Pilar. Les pregunto si rezaron algo. Marie Epiphanie hace de portavoz de sus compañeras para explicar lo que sintieron: “Al ver cómo ofrecían flores y cómo las madres presentaban a sus hijos ante la sagrada imagen, abrimos

nuestras manos y ofrecimos a la Virgen del Pilar el inmenso dolor de nuestro país, hoy bañado en sangre”.

Comento con dos Hermanas, venidas de Ruanda, la situación trágica del país. Pero yo vuelvo a las cuatro novicias ruandesas. Porque reconforta oír, en medio de una relación de tanta barbarie, las razones más profundas y personales de su vocación religiosa: “Nos hicimos religiosas de Santa Ana porque su emblema es la caridad, la disponibilidad y el servicio, y nosotras queríamos y queremos ser útiles a nuestro país, sobre todo a los más pobres, y contribuir desde el amor a la reconciliación de nuestro pueblo.»

Ha pasado ya más de un mes de esta entrevista y las noticias siguen siendo de muerte. Hace unos días confirmaban la noticia de la muerte de unos ochenta sacerdotes nativos, al confirmar la del Padre Joaquín Vallmajó, un misionero español que no quiso salir de Ruanda porque creyó que podía ayudar a los nativos en la difícil situación en la que se encontraban. Ha muerto también un grupo numeroso de religiosas ruandesas. La comunicación directa con Kigali es prácticamente imposible. Queda esperar, sufrir, rogar a Dios insistentemente por la paz y, con el corazón en vela, preparar la vuelta.

Las cuatro novicias llegadas de Ruanda tienen un nombre en kinyaruanda y otro nombre en francés. Comentando con ellas este dato, nos cuentan una costumbre de su tierra.

Cuando nace un niño en Ruanda, los padres llaman a los familiares, sin que falten los niños, y les preguntan qué nombre querrían para el recién nacido. En la reunión se proponen distintos nombres y, normalmente,

se van de la casa sin saber cuál es el elegido por los pa-

LAS CUATRO TIENEN DOS NOMBRES

dres. Son ellos los que lo determinarán y lo comunicarán a todos al día siguiente, y, a veces, el mismo día.

A los ocho días del nacimiento y después de darle el nombre, la madre ya sale de casa con el niño a la espalda. Durante estos ocho días, la mujer se ha dejado cuidar.

El día del bautismo se le da un segundo nombre al niño. Será el nombre con sentido cristiano de algún misterio del Señor, de la Virgen o el nombre de un santo. Según esta costumbre, las novicias llevan estos nombres:

–M.^a Epiphanie se llama Safi Mujanimana, que en español significa «la sierva del Señor»;

–Alphonsine, Mukeshimana, es decir, «ha nacido gracias a Dios»;

–M.^a José, Musabyimana, «se lo he pedido a Dios».

Imana, en kinyaruanda, quiere decir «Dios». El pueblo ruandés tiene un profundo sentido religioso. Son muchos los nombres que llevan esta palabra.

Ha sido la última noticia que he oído de Ruanda: los gorilas que viven en las montañas del norte caminan hacia los montes de Zaire huyendo de las explosiones que van destrozando Ruanda. El comentarista expresa, a continuación, su deseo de que esta huida sirva para que la reserva

LOS GORILAS TAMBIEN HUYEN

de gorilas no sólo no desaparezca, sino que crezca.

Me ha hecho pensar la noticia. Se dan datos, a veces un tanto contradictorios, pero siempre son sangrantes. Aterra el número de muertos y el modo de matar en algunos casos. Muchos días llevamos leyendo o escuchando que son quinientos mil los muertos y doscientos mil los refugiados en Tanzania. El número de muertos será siempre una de las incógnitas de esta guerra.

Y viene a la mente y al corazón una lista larga de interrogantes: ¿Por qué la guerra? ¿Por qué tanta muerte violenta sólo por ser de una etnia determinada? ¿Por qué prefieren que todos los extranjeros salgan del país, cuando la mayoría son misioneros y misioneras que sólo buscan su bien? ¿Por qué la matanza indiscriminada de niños y ancianos, de mujeres y jóvenes? ¿Por qué?

Los misioneros que han venido de Ruanda no se pierden en los «por qué», sino que se plantean, además, otros interrogantes. ¿Cómo volver a Ruanda? ¿Cuándo? ¿Cómo ayudar a los refugiados que han pasado la frontera? ¿Qué podremos hacer cuando lleguemos en ayuda del pueblo ruandés? Pronto saldrá un grupo hacia Tanzania, enrolados en Cáritas Internacional. Es verdad que el amor no puede estar ocioso.

El interés de los periódicos ha decrecido, pero el drama del pueblo crece y el grito de ayuda es cada vez más fuerte. Rogamos al Señor de la paz que, con la paz, llueva la ayuda a este pueblo que sufre terriblemente y a todos los pueblos cuyas necesidades urgentes van cayendo en el olvido. Es el caso de Sudán, de Somalia, de Etiopía... Africa nos necesita. Démosle la mano.



Un batwa haciendo cántaros de barro. Son los antiguos pigmeos y constituyen un 1 % de la población de Ruanda

DESDE

L INDIA A



Las Hermanas Angela Corellano y Mercedes Antón visitan algunas de nuestras comunidades de la India, antes de salir para su nuevo destino en Papúa Nueva Guinea, y nos comunican sus impresiones. Nos hablan de tres puntos de misión:

BANGALORE. Bangalore quiere decir «chalet», y se llamó así esta ciudad porque sólo había pequeñas casitas con su trocito de jardín. Es una ciudad bonita, con muchos espacios verdes. En Bangalore está la casa juniorado. Treinta y siete junioras estudian Teología en el Seminario Diocesano.

Las Hermanas atienden una guardería para niños de madres trabajadoras y tres clases más, de modo que los niños pueden estar hasta los nueve años. Los niños, desde chiquitines, aprenden inglés. Ellos hablan tamil.

NAGERCOIL. Esta fundación comenzó hace siete años como residencia de chicas trabajadoras y estudiantes. Es consolador ver convivir amistosamente a hindús y musulmanes, teniendo en cuenta los graves enfrentamientos, entre unos y otros, del año pasado. Las Hermanas se preocupan de la formación y orientación de las residentes.

A una media hora de la casa había un barrio sin escuela, donde viven 1.800 familias católicas y donde había muchos niños sin escuela. La comunidad detectó la necesidad. La escuela estaba en muy malas condiciones y solicitaron ayuda a MANOS UNIDAS para arreglarla y añadir una parte nueva. Al poco tiempo llegó la respuesta afirmativa de la ayuda y las obras comenzaron de inmediato. Hoy es una escuela con ochocientos alum-

nos y un comedor donde comen quinientos veintiocho chiquillos. Tanto el profesorado como el comedor son sufragados por el Estado. La Hermana Victoria Chinnappa es la directora, y dos Hermanas más dan clase en esta escuela en lengua tamil. Llegamos en domingo, dice la Hermana Angela, y estaban en plena catequesis. Había ochocientos, con edades entre los cinco y los veinte años. Los más pequeños, a la sombra de las palmeras; los mayores, en las aulas.

Otras dos Hermanas de la comunidad dan clase en la escuela diocesana.

PUTHOOR. Al día siguiente visitamos el ya conocido pueblo de Puthoor. Como pueblo de

pescadores, junto al mar, tiene un encanto especial. Aquí las Hermanas tienen tres proyectos:

Madre Rafols Complex. Es una extensión de terreno tapiado junto a la playa, lleno de cocoteros y platanales, donde se encuentran la casa de las Hermanas, la escuela y el dispensario con su farmacia. Habrá un internado para cien niñas y un salón grande, de usos múltiples, para la promoción de la mujer. Se planifica un taller de costura para confeccionar prendas que llegarán, ya cortadas, de una fábrica.

La casa de las Hermanas y la escuela las ha construido la Congregación; el dispensario y el salón para la promoción de la mujer han sido subvencionados por MANOS UNIDAS.

Casas para los pescadores. Es el segundo proyecto. Son cuatrocientas casas. Este proyecto ha sido costeado por numerosos donantes. La construcción de las casas va muy adelantada.

Barcas, el tercer proyecto, que en forma de fondo rotativo, ha sido subvencionado por el Gobierno vasco. Cada mes pueden entregarse de ocho a diez barcas.

Todo lo relacionado con Puthoor es muy conocido para los lectores de *Misiones*, pero gusta saber, por el testimonio de personas que pasan por allí, que los tres proyectos están a punto de terminarse. es éste un caso de colaboración de distintos organismos, de muchas personas, de grupos distintos y de la Congregación, para que un pueblo crezca. De nuevo damos las gracias a todos los que nos habéis ayudado a trabajar por el bien de un pueblo pobre.



CAMPAÑA MADRINA

Hermanas de la Caridad de Santa Ana - India

Es lucha contra el hambre,
lucha contra la enfermedad,
lucha contra la ignorancia.

ES DIFUSION DEL MENSAJE DEL EVANGELIO

A través de los internados, niños y niñas muy pobres están teniendo la oportunidad de ser pronto los hombres y mujeres de la sociedad que estamos haciendo.

PROYECTO: INTERNADOS

Esto es CAMPAÑA MADRINA:

Proporcionar educación a niñas muy pobres de poblados cercanos a la Misión, a las que si no se les ayuda, siempre vivirán en la miseria.

EDUCARLES significa:

- Comer todos los días.
- La ropa necesaria para vestirse.
- Medicinas si están enfermas.
- Estudiar y hacer los deberes.
- Jugar como los niños necesitan.
- Poder llegar un día a ser enfermeras, maestras, asistentes sociales, unas buenas madres de familia.

**Mil pesetas al mes detienen el hambre,
el analfabetismo, la enfermedad**

CAMPAÑA MADRINA

India

Sisters of Charity of St. Anne
«Divya Jyoti»
Mahakali Rd.
ANDHERI EAST-BOMBAY-400 093

España

MISIONES
Hermanas de la Caridad de Santa Ana
Madre Rafols, 13 - 50004 ZARAGOZA

COLABORA Y SIEMBRA LA ESPERANZA DE QUE TANTAS NIÑAS PUEDAN TENER UNA INFANCIA FELIZ Y UN FUTURO ASEGU-RADO.

Nuestros internados están en:

- Vijaynagar* (norte de Gujarat), niñas aborígenes.
- Deesa* (norte de Gujarat), niñas de refugiados ..del Pakistán.
- Kalol* (Gujarat), niñas hijas de catecúmenos.
- Nadiad* (Gujarat), niñas de poblados vecinos.
- Mandal* (Gujarat), niñas de poblados vecinos.
- Role* (Madhya Pradesh), niñas de poblados vecinos.
- Shrirampur* (Maharastra), hijos de los trabajadores del Hospital.